

LIBROS

78

LETRAS LIBRES
NOVIEMBRE 2012

Gabriel Zaid
• LEER

Araceli Manjón-Cabeza
• LA SOLUCIÓN

David A. Bell
• LA PRIMERA GUERRA TOTAL:
LA EUROPA DE NAPOLEÓN Y
EL NACIMIENTO DE LA GUERRA
MODERNA

Luigi Amara
• LA ESCUELA DEL ABURRIMIENTO

Eduardo Lizalde
• EL VINO QUE NO ACABA.
ANTOLOGÍA POÉTICA (1966-2011)

Najef Yehya
• PORNOGRAFÍA. OBSESIÓN SEXUAL
Y TECNOLÓGICA



ENSAYO

El traductor



Gabriel Zaid
LEER
Selección y prólogo de
Fernando García
Ramírez, Barcelona/
México, Océano, 2012,
260 pp.

• PATRICIO PRON

Quizás nos hayamos especializado en exceso, pero no lo sabemos debido a que no podemos siquiera imaginar de qué modo actuaríamos si no nos hubiéramos especializado en exceso (y esto debido a que tal vez nos hayamos especializado en exceso), pero podemos imaginarlo en ciertas situaciones, por ejemplo cuando un ensayo amplía el repertorio de lo que puede ser dicho en algún ámbito en virtud del talento de su autor, pero también del hecho de que ese autor no proviene del ámbito especializado sobre el que escribe. Y esto es lo que sucede con los ensayos literarios del poeta y ensayista mexicano Gabriel Zaid, cuya hipótesis central es que la literatura puede ser leída como si se tratara de una serie

de procesos económicos analizables en términos objetivos.

Zaid (que es ingeniero mecánico de profesión) no propone, sin embargo, una interpretación exclusivamente cuantitativa de los fenómenos literarios: la suya es más bien una indagación en las condiciones materiales de existencia de la literatura (es decir, de su creación pero también de su distribución y su lectura) que se articula en torno a una práctica recurrente por parte del autor que consiste en abordar un tema sobre el que ya parece haber sido dicho todo y realizar preguntas de una aparente ingenuidad (aunque el sentido común con el que Zaid aborda esos temas dista mucho de ser ingenuo y, lamentablemente, de ser común) que, si son respondidas haciendo uso del repertorio de respuestas estandarizadas que ofrece la especialización, revelan las contradicciones de ese repertorio, proponen nuevas preguntas, obligan a pensarlo todo de nuevo. Zaid se pregunta qué es un autor, cómo circulan los libros, qué diferencia un poema bueno de uno malo, cuáles son los vínculos entre poesía y compromiso político, qué es “el Genio”, cómo funciona (o no) el negocio editorial, cuál es la influencia real de los libros en los procesos políticos y sociales, qué es la “identidad cultural”, cuál tiene que ser el papel del Estado en el fomento a la cultura, etcétera: no son preguntas nuevas (de hecho, están en el repertorio instituido de las preguntas a las que pretende haber dado respuesta ya la crítica especializada), pero sí son nuevas las respuestas que da Zaid a estas preguntas, que permiten pensar en él como el corrector de unas erratas culturales mantenidas demasiado tiempo por la fuerza absolutamente brutal del lugar común.

Así, y en un contexto caracterizado por el desaliento que inspira en algunos la transformación del modelo de negocio editorial y la decadencia de las prácticas culturales asociadas a él, Zaid propone una visión completamente novedosa y (de alguna manera) a contracorriente: la de que ese negocio y sus instituciones funcionan de tal manera

que impiden la práctica de la lectura en vez de promoverla; en sus palabras, se trata de un dispositivo cultural organizado “en función de que leer es muy recomendable, pero no necesario”, con las consecuencias predecibles para el nivel de lo publicado, de lo escrito y de lo leído que determinan que parezca más apropiado celebrar el final de todo esto que lamentar su desaparición y su aparente declive. Muy pocos habían dicho esto antes, y ninguno lo había hecho con la contundencia, la elegancia y la inteligencia de Zaid.

También parece novedosa la vinculación que el autor propone entre arte y vida cotidiana, que rechaza su fusión del modo en que la concibieron las vanguardias históricas y lo lleva a pensar tanto en un poema de Carlos Pellicer como en soluciones prácticas al problema de la pobreza, que Zaid no aborda como un asunto metafísico sino como una especie de problema práctico para el que propone soluciones también prácticas (y fácilmente aplicables, si existiese la voluntad política para llevarlas a cabo): el abaratamiento de los medios de producción, la búsqueda de tecnologías alternativas de explotación agrícola, la concesión de pequeños créditos, la preservación de las formas de vida vinculadas a los múltiples trabajos rurales no mediante su musealización sino haciendo posible su pervivencia material, una nueva definición de los vínculos entre riqueza material y tiempo disponible; más radicalmente, la entrega de dinero a los ciudadanos.

No hay contradicción alguna entre ambos intereses (de allí el acierto de presentar todas estas facetas del pensamiento de Zaid en un solo volumen, dividido en cuatro capítulos dedicados a su visión de la lectura, a su crítica de poesía, a su concepción de la cultura como un cierto tipo de conversación, llevada a cabo, idealmente, de forma horizontal y entre iguales, y a sus textos sobre temas económicos y sociales), ya que, como afirma correctamente Fernando García Ramírez, antólogo y prologuista de esta obra, para Zaid

“la lectura, la buena lectura deriva siempre en hacer cosas, en realizar actos: en modificar el mundo”.

Zaid dice esto con otras palabras, al afirmar que “el mundo es más habitable después de Bach”, o sosteniendo que “*El Quijote* hace habitables las situaciones quijotescas: las configura, las ilumina, las crea como una posibilidad permanente, como una tentación definida. Extiende las fronteras del mundo de la acción, visto irónicamente.” Obras como *Los demasiados libros*, *Cómo leer en bicicleta* o *El secreto de la fama* han supuesto para algunos lectores (entre los que me incluyo) una expansión equivalente “de las fronteras del mundo” (que las voces que defienden la especialización se esfuerzan por mantener empequeñecido, limitado, feliz), pero también (como sostiene tácitamente su autor) del repertorio de posibilidades de intervenir en él, ya que hay una profunda lección ética en la obra de Gabriel Zaid (antologada aquí en una edición que le sirve de puerta de entrada), que viene a decir que leer es siempre leerse. Un leerse a uno mismo en el mundo que para algunos es una ratificación y para otros una promesa. Un imprescindible. —



ENSAYO

La cocaína en la farmacia



Araceli Manjón-Cabeza
LA SOLUCIÓN
Barcelona, Debate,
2012, 320 pp.

✎ **MANUEL ARIAS MALDONADO**

¿No sería mejor que quien deseara obtener alguna clase de droga para su consumo personal pudiera hacerlo en un establecimiento oficial, en lugar de llegar a un acuerdo ilegal tolerado *de facto* con un joven representante

del crimen organizado en la esquina de cualquier barrio periférico? Pues sí; o depende. Quizá el mismo lector que se sienta inclinado a responder afirmativamente cuando imagina a un consumidor anónimo camino de la farmacia cambie de parecer cuando piensa que puede ser su hijo quien se planta ante el mostrador para comprar unos gramos de cocaína un viernes por la tarde. ¡No digamos ya si preguntamos a la abuela! Pero unos y otros conforman esa opinión pública sin el consentimiento de la cual es difícil proceder al cambio en las políticas públicas relativas a la droga; un cambio que el constatado fracaso del prohibicionismo a ultranza parece demandar. O al menos esta es la tesis defendida por Araceli Manjón-Cabeza en este documentado y notable trabajo que aboga por la legalización controlada como única solución posible al problema que su prohibición ha traído consigo. La autora es profesora de derecho penal en la Complutense de Madrid, pero también exmagistrada suplente de la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional y exdirectora del Plan Nacional sobre Drogas: como ella misma señala, su experiencia en la represión la ha convencido de su inutilidad.

Acaso sus argumentos no sean especialmente originales, pero tampoco tienen por qué serlo. Durante las últimas décadas se han acumulado suficientes razones en contra de la prohibición y en defensa de su alternativa natural, es decir, alguna forma de legalización. Para Manjón-Cabeza, el problema empieza ya en la sesgada percepción contemporánea de las drogas y su empleo. Su invocación de Paracelso, el alquimista tardomedieval, le sirve para subrayar que la droga es *a la vez* curación y veneno: todo depende de la dosis. ¿O no basta para suicidarse ingerir una caja de paracetamol, dada su elevada toxicidad hepática? Tampoco son iguales todos los consumos, ni todo consumidor es un adicto; e igualmente obvio es que se puede caer en la adicción de

sustancias legales, como el alcohol o el tabaco, en la misma medida en que hay sustancias peligrosas que no caen dentro de la prohibición legal. Es, en suma, un territorio difuso, algo que la autora pone de manifiesto al relacionarnos el origen de sustancias como la heroína (debida a Heinrich Dreser, el mismo empleado de Bayer que creó la aspirina) o la Coca-Cola (proveniente de un tónico que contenía cocaína y combatía el dolor de cabeza). Nada de lo cual obsta para reconocer que existen el abuso y la adicción. Sucede, sin embargo, que la prohibición ha demostrado no ser el remedio para combatirlos.

Y no lo ha sido porque no podía serlo. Después de rastrear la genealogía e historia del prohibicionismo, que arranca en las guerras del opio del siglo XIX, alcanza un primer apogeo en la catastrófica Ley Seca norteamericana de los *roaring twenties* y continúa hasta el presente de la mano de Naciones Unidas bajo el liderazgo global de Estados Unidos, la autora formula con claridad las dos falacias que constituyen su premisa. Primero, la suposición de que la prohibición de una sustancia restringe su disponibilidad; segundo, que la criminalización del consumo lo disminuye de manera efectiva. ¡Basta salir de bares una noche para comprobar lo contrario! Por añadidura, mal parece compaginarse la prohibición total con un marco sociocultural que subraya la libertad individual y ha amasado un cuerpo de conocimientos farmacológicos que invitarían al matiz antes que al trazo grueso. A juicio de la autora, en fin, la mayoría de los males provocados por la droga son hijos de la prohibición. Y esto incluye una costísima e inacabable “guerra contra el narco” que está sumiendo en el caos a sociedades como la mexicana, cuyo caso, como el de Colombia o Ecuador, el libro trata en detalle.

Si la presunta solución no resulta serlo, habrá que buscar alguna otra. Más concretamente, el consenso punitivo debería dejar paso a un enfoque

más realista y humano, o sea, “un sistema de legalización controlada por el Estado”. Sus ventajas estarían en el control público y la consiguiente medicalización de algunas sustancias; en una mayor inversión en políticas de reducción de la demanda, financiada en gran medida con el ahorro en los costes de la represión, y en el fin de la guerra contra el crimen organizado, así como en la desaparición de sustancias adulteradas —como el *crack* o el paco—, cuyo surgimiento obedece al régimen de mercado negro. Ahora bien, la autora advierte que las posibilidades y formas de la legalización son múltiples; cada país, sugiere, habría de buscar el suyo, lo que tendría la ventaja de multiplicar los ejemplos que servirían de guía a los demás. Distinto es que el actual consenso internacional en torno a la prohibición pueda experimentar un cambio tan radical; en esto, la autora es forzosamente vaga, porque el camino *político* a la legalización es mucho más espinoso que el *filosófico*.

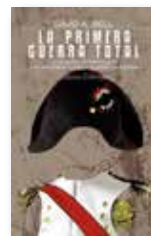
Hasta cierto punto, las reservas son naturales. A fin de cuentas, una situación dada, por problemática que sea, es conocida; la legalización nos conduciría a territorio desconocido. Precisamente, lo que falta es *práctica*: experimentos sociales que permitan operar mediante prueba y error. La autora menciona algunos avances en ese sentido, como los habidos en Portugal o Argentina; quizá más conocido sea el dramatizado por los creadores de *The Wire* en su tercera temporada: la creación de un barrio, conocido como *Hamsterdam*, donde la droga pasa a ser legal, con resultados dispares. Y dispares habrían de ser, en todo caso, porque tampoco estamos hablando de legalizar una variedad del salmorejo.

En último término, el fundamento del abolicionismo es la libertad individual: el derecho de cada cual a hacer con su vida lo que quiera sin interferencia estatal. De ahí que reconocidos liberales, como Milton Friedman o Mario Vargas Llosa, muestren sin

ambages su apoyo a la legalización. Más difícil de entender es que defiendan esa libertad quienes la niegan en otras esferas, como la educación o la cultura; como si la neutralidad moral del Estado pudiera parcelarse y servirse a la carta. Claro que, bien pensado, eso es justamente lo que suele hacerse con las restricciones públicas de la libertad individual: graduarlas hasta alcanzar su combinación más justa y eficaz o acaso solo más aceptable en un momento histórico dado. Probablemente, ha llegado la hora de hacer el experimento correspondiente con las drogas y ver qué pasaría si fueran las farmacias las que dispensaran cocaína. —

HISTORIA

La apología del conflicto



David A. Bell
LA PRIMERA GUERRA TOTAL: LA EUROPA DE NAPOLEÓN Y EL NACIMIENTO DE LA GUERRA MODERNA
Madrid, Alianza Editorial, 2012, 446 pp.

▀ HUMBERTO BECK

¿Cuál es la genealogía de las actitudes contemporáneas hacia la guerra? La respuesta convencional ha apuntado, sin disensiones, a sendas experiencias traumáticas de las guerras mundiales. Las atrocidades de la Segunda habrían cambiado nuestra noción de las relaciones entre las naciones, y aun de la dignidad humana, obligando al establecimiento de un nuevo orden internacional basado, por lo menos en teoría, en la resolución pacífica de los conflictos y la defensa de los derechos humanos. Pero habría sido sobre todo la Primera, con su tendencia a la movilización generalizada de los recursos de una sociedad para los fines de la guerra, el auténtico y más profundo parteaguas

en nuestras concepciones del conflicto armado: el episodio brutal que habría roto irreversiblemente con la continuidad de cientos, quizás miles de años en la naturaleza de lo bélico, inaugurando el fenómeno inusitado de la “guerra total”.

En *La primera guerra total: la Europa de Napoleón y el nacimiento de la guerra moderna*, el historiador David A. Bell (Nueva York, 1961) argumenta, en contra de la *doxa* convencional sobre la historia de los conflictos armados, que la verdadera gran ruptura en las actitudes y prácticas bélicas de la modernidad no se remonta a la Primera Guerra Mundial, sino a las guerras emprendidas por la Francia revolucionaria y napoleónica entre 1792 y 1815. Estas ambiciosas campañas militares constituyeron, sostiene Bell, la primera manifestación de la “guerra total”, más de cien años antes de 1914. Desde entonces, a pesar de los cambios en la tecnología de los armamentos o de táctica y estrategia en la logística militar, el lugar de la guerra en la cultura occidental apenas se ha transformado.

La primera guerra total es una historia cultural e intelectual de la guerra y la paz en el mundo moderno. Ofrece un sólido complemento a la historiografía de la Ilustración y la Revolución francesa que, al estar tradicionalmente enfocada en la influencia fundacional de estos desarrollos sobre las concepciones modernas de lo social y lo político, había dejado a un lado las consecuencias de esos mismos movimientos históricos en las nociones modernas de la paz, la crisis, la destrucción y la guerra. La tesis de Bell es que la Ilustración y la Revolución francesa no solo transformaron nuestro entendimiento de lo político, de la nación y el ciudadano, sino también la naturaleza misma de los enfrentamientos militares, tanto civiles como internacionales.

El año de 1789 marca, así, el eje de una transformación radical en las aproximaciones a las hostilidades bélicas. Antes de la Revolución, la

guerra era un fenómeno habitual y prácticamente continuo, una forma de interacción humana librada entre casas dinásticas, ejecutada por la aristocracia y limitada en su escala y alcances por una serie de convenciones. Todavía hasta la segunda mitad del siglo XVIII, los nobles hacían la guerra usando peluca, ataviados con sus mejores trajes, haciendo del campo de batalla un teatro del honor personal y de clase.

Pero después de la Revolución la aristocracia se derrumbó y con ella la antigua guerra aristocrática. Las nuevas guerras serían las guerras de la leva en masa y del “pueblo en armas”, libradas no entre ejércitos o monarcas sino entre naciones, caracterizadas por la movilización total de la sociedad con fines beligerantes. Se multiplicarían las grandes batallas de cientos de miles de combatientes y los muertos se contarían en millones (quizás hasta cinco en toda Europa durante el periodo napoleónico). Sería, en suma, el inicio de la “guerra total”, un fenómeno asociado menos al avance tecnológico (como ha solido juzgarse) que a la radicalización política. Fue esta radicalización la que llamó a la movilización generalizada y al exterminio completo de los enemigos de la nación, en abandono de todas las restricciones anteriores. Fue ella también la que modificó el objetivo de la guerra, de la simple victoria a la destrucción absoluta de los enemigos.

Dos rostros de la guerra total —ejemplos de la eliminación de las fronteras entre combatientes y no combatientes y de la matanza indiscriminada realizada más por fines políticos que militares— fueron la guerra civil de la Vendée y la nueva figura histórica del partisan, ejemplificada emblemáticamente por el enfrentamiento entre la guerrilla española y las tropas francesas durante la Guerra de Independencia. En su serie de aguafuertes *Los desastres de la guerra*, Goya dejó un testimonio escalofriante del grado de atrocidad

que la nueva guerra total sería capaz de alcanzar.

El origen de estas transformaciones, apunta Bell, no radica solamente en la efervescencia del periodo revolucionario. Este origen se puede remontar, de forma paradójica, a los ideales ilustrados sobre una era de paz perpetua en la que las guerras solo constituirían episodios fuera de lo común. Y es que a la tendencia ilustrada de considerar a la guerra como una barbarie que debía desaparecer por completo solo le bastaba un ligero giro de tuerca para convertirse en la propensión a percibir los enfrentamientos bélicos como una lucha escatológica entre el bien y el mal, llena de efectos purificadores. El lenguaje de la paz perpetua encontró así su contraparte y gemelo enemigo en el lenguaje de la guerra como un acto apocalíptico de redención y como una experiencia fascinante de autoexpresión romántica. A pesar de sus contrastes, los dos lenguajes comparten una misma imagen: el enfrentamiento bélico como un acontecimiento excepcional y extremo que rompe con las formas del orden social establecido. Ambos de hecho se mezclan cada vez que se ha hablado (ya sea en 1792, en 1914 o en 2012) de que “solo una guerra final, que destruyese todo, podría paradójicamente inaugurar la era de la paz perpetua”. Al desentrañar el vínculo inquietante entre los sueños de una paz imperecedera y el horror de la movilización total, Bell parece estar sugiriendo que el concepto moderno de la guerra constituiría una prueba de la dialéctica entre civilización y barbarie, quizás una evidencia de la “dialéctica de la Ilustración” sobre la que Max Horkheimer y Theodor W. Adorno escribieron en su libro del mismo nombre.

La lectura de *La primera guerra total* nos revela que la “gran ilusión” a la que irónicamente alude el título del célebre filme de Jean Renoir no corresponde, como se ha creído, a un momento histórico concreto, como

el ocaso de la *Belle Époque*, sino que representa, por lo menos desde finales del siglo XVIII, una constante en las actitudes occidentales hacia la guerra. Hoy seguimos viviendo en medio de esa misma pendulación de estados de ánimo entre los sueños de una armonía inalterable y las pesadillas de la aniquilación absoluta. Y de hecho Bell arguye que en el presente esa oscilación de actitudes está más viva que nunca precisamente en el país que junto con Francia creó la tradición ilustrada: Estados Unidos. La fascinación delirante por la violencia guerrera que marcó a algunos escritores de la vanguardia europea, como Filippo Tommaso Marinetti y Guillaume Apollinaire, es en este sentido solo el reajuste de una tradición de apología del conflicto como regeneración del mundo que se remonta al romanticismo y más atrás. Es la misma tradición que sigue viva, con menos brillo literario, en los libros y discursos de los apólogos norteamericanos del belicismo. —



ENSAYO

De shopping con Schopenhauer



Luigi Amara
LA ESCUELA DEL
ABURRIMIENTO
México, Sexto Piso,
2012, 288 pp.

✎ MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

Aventuro una hipótesis: salvo las honrosas aunque escasas excepciones que confirman la regla, la novela ha perdido lustre y vuelo literario en el México de hoy día debido a que el novelista se ha dejado hechizar y llevar por espejismos editoriales que, en mi opinión, no tardarán demasiado en desvanecerse. Esta situación, a la que en buena medida contribuye la proliferación de premios de novela con estímulos económicos que van de lo convencional a lo desmesurado, ha permitido que la mejor escritura—esa que no se preocupa por la fama efímera ni por la retribución monetaria instantánea—se desarrolle en otros dos ámbitos prosísticos que los editores suelen temer cuando no rechazar abiertamente: el cuento y el ensayo. Tan solo en 2012 he podido constatar que la apuesta y el riesgo están dando frutos magníficos en el terreno del ensayo mexicano gracias a tres títulos lanzados con meses de diferencia: *Insolencia. Literatura y mundo*, de Guillermo Fadanelli; *Libro de las explicaciones*, de Tedi López Mills (ambos publicados por Almadía dentro de su colección ensayística recién inaugurada), y *La escuela del aburrimiento*, de Luigi Amara, quien ya había mostrado pericia para deambular por el género de Montaigne en los volúmenes *El peatón inmóvil* (2003) y *Sombras sueltas* (2006). Seis años después de capturar las sombras más bien luminosas de autores que lo han marcado en distintos niveles, algunos de los cuales pasaron de ser recu-

rrencias a auténticos hogares donde respira a sus anchas—menciona a tres que vuelven a aflorar: Fernando Pessoa, Robert Louis Stevenson y Robert Walser—, Amara (ciudad de México, 1971) se aboca a una tarea inquietante: realizar un autorretrato escritural—o, si se prefiere, una indagación literaria y filosófica a partir de sí mismo—siguiendo tanto el lema especular aplicado por Montaigne en sus *Essais* (“Es a mí a quien pinto”) como la ruta siempre vaga, siempre llena de brumas existenciales, del aburrimiento. A *Oceanografía del tedio* (1918), libro extravagante de Eugenio d’Ors del que se sirve como uno de varios faros, Amara contrapone una meticulosa espeleología del tedio; armado con una linterna legada antes por Séneca que por Diógenes, baja a la garganta del aburrimiento—una imagen trocada en *ritomello* más que en *leitmotiv* a lo largo del libro—para examinar los mecanismos internos de esa hidra contra la que “todas las espadas son romas”. Este descenso para nada adormecedor—al contrario: hay un pulso narrativo que aceita los rieles por los que corren ideas reveladoras y epifanías ensayísticas—se vislumbra detonado, aunque sea de modo oblicuo, por la llegada a la mitad del camino de la vida o por la crisis de la mediana edad, para usar palabras menos dantescas y más contemporáneas. (La fusión sagaz de tradición y modernidad es uno de los logros mayores de Amara: “Definitivamente es poco recomendable salir de *shopping* con Schopenhauer”, asienta como para ilustrar lo anterior.) El propio autor se pregunta, con el filo irónico que cruza su inspección del sistema de cuevas que es el aburrimiento: “¿Y si cada página de este libro no fuera más que [...] un elenco de justificaciones y traumas de ese malestar conocido como crisis de la mediana edad?” Como ocurre en los buenos ensayos, las respuestas están en otra parte, o lo que es igual, más lejos de lo que aparentan.

Se desprenda o no de un instante crítico, *La escuela del aburrimiento* se propone y consigue una puesta en crisis del concepto de entretenimiento como an-

tídoto eficaz contra el tedio: “La ansiósa batalla que se libra en todos los rincones contra el aburrimiento es la mejor prueba de su apogeo [...] Cada vez estamos menos capacitados para soportarnos a nosotros mismos.” Dividido en tres secciones, una estructura que comparte con la *Divina Comedia*—no puedo evitar otra analogía dantesca: en su hábil exploración del aburrimiento Amara transita con claridad por un infierno y un purgatorio para arribar a un dudoso paraíso—, el libro se asume como una cámara de resonancia donde se escucha sobre todo el eco de tres voces esenciales: Michel de Montaigne, Blaise Pascal y Charles Baudelaire. Las habitaciones físicas o metafísicas de este trío imbatible ayudan a que Amara diseñe su propia habitación para aislarse y pasar una temporada consigo mismo: una cuaresma desprovista de prótesis tecnológicas y planeada para coexistir con el cuerpo desnudo del yo. Durante esos cuarenta días de incomunicación, convertido en espeleólogo de sus propias cavernas, el autor mira el abismo del tedio para verificar nietzscheanamente que el abismo le devuelve la mirada. “El que conoce el arte de vivir consigo mismo ignora el aburrimiento”, decía Erasmo de Rotterdam, y Amara parece sumergirse en el encierro—la noción de inmersión está apuntalada por la presencia tutelar del capitán Nemo de Julio Verne— para cotejar y a la vez impugnar esa sentencia. Al cabo de este experimento de reclusión en el que se hace acompañar de diez escritores nodales—entre otros Séneca, uno de los filósofos que más luz arrojan en la penumbra del hastío—, y durante el que trama una genealogía de la “gran cauda saturnina de malestares” encabezada por la acedia, la melancolía y el tedio, el ensayista reemerge al mundo exterior para confrontarlo con los cambios operados en su mundo interior. Y qué mayor exterioridad para tal confrontación que Las Vegas, esa “ciudad despojada de todo peso ontológico” a la que Luigi Amara se desplaza para dar forma a algunas de las mejores páginas del volumen—páginas que remiten al

Jean Baudrillard más perspicaz, por ejemplo el del díptico integrado por *América* y *Cool memories*— y para comenzar a cerrar un viaje que llega a buen puerto con un análisis agudo de los postulados de la Internacional Situacionista y un retrato preciso de la figura hondamente superficial o superficialmente honda de Andy Warhol. De la torre de Montaigne en la Dordogna a la copia de la torre Eiffel en el desierto de Nevada, *La escuela del aburrimiento* traza un itinerario que evidencia que, al menos en ocasiones, salir de *shopping* con Schopenhauer puede redundar en un periplo estimulante.

[Y además considero que el Premio FIL 2012 no se debe entregar a Bryce.]—



POESÍA

Un dardo negro de luz



Eduardo Lizalde
EL VINO QUE NO
ACABA. ANTOLOGÍA
POÉTICA (1966-2011)
Madrid, Vaso Roto
Ediciones, 2008 pp.

*Hasta que la palabra
—un dardo negro—
cruza de lado a lado
por la roca solemne.*
EDUARDO LIZALDE

FRANCISCO MAGAÑA

1. La generación de poetas nacidos en nuestro país en la década de los años veinte resulta significativa. Cito algunos: Rubén Bonifaz Nuño (1923), Jaime Sabines (1926-1999), Enriqueta Ochoa (1928) y Eduardo Lizalde (1929). Títulos como *El manto y la corona* (1958), *Algo sobre la muerte del mayor Sabines* (1973), *Retorno de Electra* (1973) y *El tigre en casa* (1970) pertenecen a esos autores que dieron un sesgo distintivo a las letras mexicanas. En la promoción anterior se encuentran Octavio Paz

(1914-1998) y Juan Rulfo (1917-1986), y en la siguiente, Salvador Elizondo (1932-2006) y Marco Antonio Montes de Oca (1932-2009).

2. En su incipiente carrera como narrador, que Era publicó en 2010 con el título *Almanaque de cuentos y ficciones (1955-2005)*, Lizalde configuró las directrices de su discurso: la transparencia, la depuración del lenguaje y el tono irreverente, o más aún, el tono desenfadado en el que conviven de manera natural el decir culto y el coloquial.

3. Los dos primeros títulos de Eduardo Lizalde: *La mala hora* (Los Presentes, 1956) y *Odesa y Cananea* (Cuadernos del Unicornio, 1958) no figuran en *El vino que no acaba. Antología poética (1966-2011)*, con prólogo de Jenaro Talens y selección de Marco Antonio Campos. *El vino que no acaba* aparece en Vaso Roto Ediciones (2012), el sello que con base en España y circulación en México dirige la poeta Jeannette Clariond. Con un catálogo selecto de autores de otras latitudes, es de celebrar que Vaso Roto recientemente atienda a poetas mexicanos. Una muestra: *El agua recobrada. Antología poética de Luis Armenta Malpica* (1961), con prólogo de Eduardo Moga y selección de Luis Aguilar. Y esta selección de Lizalde, uno de nuestros poetas mayores.

4. Desde *Cada cosa es Babel* (1966) hasta una serie de poemas no coleccionados, *El vino que no acaba* presenta una visión de la fuerza lírica, del coraje amoroso, de la sublevación del sentir y del dolor con investidura métrica. Aquí está, en pleno, la configuración de un discurso lúdico, pulcro, irreverente, irónico, sorpresivo. Y desde aquí—además desde el inicio— se aprecia la importancia del desarrollo de su quehacer: “Y le digo a la roca: / muy bien, roca, ablándate, / despierta, desperézate, / pasa el puente del reino, / sé tú misma, sé mía, / dime tu pétreo nombre / de roca apasionada. // Y no sabe decirlo, /

no cabe un alfiler de labios / en su cuerpo sin rostro. / Pero yo sé su nombre: / roca, le digo, / y comienza a ablandarse.” Es el primer poema de *Cada cosa es Babel*, cuyo segundo epígrafe de Dylan Thomas remite irremediabilmente a las bellas y precisas páginas incluidas en *Tablero de divagaciones* (FCE, 1999, tomo II) sobre el poeta galés: *El artista como un joven perro*.

5. Marco Antonio Campos optó por una selección festiva y dolorosa, cáustica, de la poesía más festejada de Lizalde (en el otro extremo se encuentran *Algaida*, de 2004, y *Tercera Tenochtitlan 1983-1993*, de 1999). Parte de allí la mirada del antologador y parte de allí el gozo del lector mexicano que volverá a encontrar el júbilo en la desdicha de la mansedumbre o la tristeza en la alegría de quien se rebela. Habla la voz de *El tigre en la casa* (1970): “De pronto, se quiere escribir versos / que arranquen trozos de piel / al que los lea. / Se escribe así, rabiosamente, / destrozándose el alma contra el escritorio, / ardiendo de dolor, / raspándose la cara contra los esdrújulos, / asesinando teclas con el puño, / metiéndose pajuelas de cristal entre las uñas. // Uno se pone a odiar como una fiera, / entonces, / y alguien pasa y le dice: / “ven a cenar, tigrillo, / la leche está caliente.”

“Lamentación por una perra” y “Boleros del resentido” son poemas de esta sección en donde la raíz del corazón, esa raíz muda que crece y se desgañita, rabiosa, deviene confesión de rabia y resignación: “La perra más inmunda / es noble lirio junto a ella. / Se vendería por cinco tlacos / a un caimán. // Es prostituta vil, / artera zorra, / y ya tenía podrida el alma / a los cuatro años. // Pero su peor defecto es otro: / soy para el último / de los hombres.”

La zorra enferma. Malignidades, epigramas, incluso poemas (1974) es una vuelta a la vida de quien canta, al filo del desencanto, el canto de la amargura que sería rastrera, ordina-

ria, si no fuera guiada por la rienda de quien conoce no solo de los recursos de la poesía sino también —cautela, imberbes— de ciertas cosas de la vida. La flecha artera se ha vuelto más afilada. No hay escapatoria. Cuando el poeta ha recorrido un trecho largo por amargo, sabe que su mejor arma es el zarpazo, la herida final, de muerte, el golpe maestro y adiestrado a base de vinos y desventuras. Aunque ahora su mirar tenga como objetivo otro blanco, que resume de manera magistral con el pincel de pelo de tigre que no admite enmienda. El poema, “Atención activistas”, dice: “El principal deber / de un revolucionario / es impedir que las revoluciones / lleguen a ser como son.” Y “Otra vez Monelle”, “Bellísima”, “Dicen que el amor embellece” y “No sirve de otro modo” son la creencia de una voz sin pudor y sin falso alarde: de una voz que desde el principio de su trabajo decidió prescindir de la vana palabrería y desbrozar la maleza para llegar por la vía más directa a la forja que no admite fisuras: “Se ha hablado mal del César / porque tiene mal gusto literario. // Error: / finge acaso el mal gusto, / como todos los grandes estadistas.”

6. La Cabra Ediciones reunió las traducciones de Eduardo Lizalde en un volumen: *Baja traición* (2009); ese mismo año, y como parte del mismo catálogo, apareció *Todo poema está empezando 1966-2008*, con prólogo de Eduardo Hurtado, lo que habla de la vigencia sostenida del autor de *Rosas* (1993).

“Poetastros y poetísimos” de *Bitácora del sedentario* (1993) demuestra la congruencia de un poeta que desde sus primeros poemas eligió la concisión como elemento primordial pero regido por la vuelta de tuerca imprescindible. Lo cito íntegro: “No ha sido la poesía precisamente / el más tranquilo, sano y placentero / de los malos negocios. // Pero todos escribimos poesía: / niños, tarados, viejecitos, gañanes, comisarios. /

—Vendían torreznos Lope y su familia—. / Shakespeare mismo —no digamos Cervantes— escribía de pronto versos espantosos, / endecasílabos con pústulas, / solo para intentarlo, para tensar la cuerda, / para probar el arma, para vocalizar, / y a veces colocaba una flecha / en blanco venturoso, sin querer, / en diez, en veinte, en cien disparos fallidos. / Todos lo hacemos en nuestra medida si sabemos el rumbo, / más si no lo sabemos pero estamos ungidos.” Pero de nuevo —cautela, imberbes—: “Basta tomar el pulso de una vocal cualquiera / o aplicar el oído / al torso de la página, / para ver que no late un corazón de tinta / verdadero en esos nombres.” El acto de escribir como consuelo mayor del desconsuelo y como contraparte el acto de escribir como aprecio por la poesía, como entrega a un destino que requiere de toda la sapiencia de un oficio, y de la intuición, esa creencia en el misterio de la poesía.

7. Poeta, traductor, crítico musical, articulista, conversador —maravilloso, me dicen—, director de la Biblioteca de México... Un tigre de muchas rayas. De muchas facetas. Una sola le bastó para alcanzar la mayoría de edad. Porque un tigre que olfateó en Babel es ya un ejemplar que puede pasearse por los más diversos escenarios.

8. *El vino que no acaba* es una acertada conjunción de tres sensibilidades poéticas consolidadas: Eduardo Lizalde, Marco Antonio Campos y Jenaro Talens. Con el gozo de quien emprende para sí como lector la empresa de conformar un libro para un público distinto al nuestro, Campos en la selección, y Talens, en una lúcida nota introductoria, han conformado un volumen en el que el lenguaje, la sobriedad, la transparencia y la fuerza de las imágenes son las credenciales de un autor de gran fuerza creadora.

9. Conocí a Eduardo Lizalde hace muchos años, más de veinte. Yo era joven y creador. Y becario

del FONCA. Hubo una reunión en el Distrito Federal. Me le acerqué para comentarle que había escrito una reseña sobre *Tabernarios y eróticos* (1989) en *Graffiti*, una revista de Xalapa, Veracruz. Se portó muy cordial. Me dio su dirección porque quedé formalmente en enviarle un ejemplar. No lo hice. Pero me quedó la impresión de esa voz domiciliada en el Metropolitan Opera House. —

ENSAYO

La otra historia de la tecnología



Naief Yehya
PORNOGRAFÍA.
OBSESIÓN SEXUAL Y
TECNOLÓGICA
México, Tusquets,
2012, 348 pp.

EDUARDO HUCHÍN SOSA

En la década de los setenta, mientras los científicos probaban maneras de transmitir enormes volúmenes de datos en su red de comunicaciones digitales, alguien tuvo la idea de utilizar alguna de las imágenes de alta calidad que publicaba la revista *Playboy* a fin de realizar experimentos de escaneo y transferencia. Para tales efectos, eligieron la foto de una chica llamada Leena, *playmate* de noviembre de 1972, cuyas peculiaridades en rango de color, enfoque y detalle resultaron óptimas para los estudios y a la larga ayudaron a desarrollar los estándares de compresión de imágenes que aún utilizamos hoy día. Sobra decir que en el principio de este adelanto tecnológico, y de la serie de avances que dieron origen a la revolución de la World Wide Web, estuvo la foto de una señorita sin ropa.

La anécdota no es menor (ni representa un hecho aislado) si tomamos en cuenta que nadie mejor ha entendido los alcances de cualquier innovación tecnológica como los elaboradores y

consumidores de pornografía. La historia es larga y abarca una gran cantidad y variedad de soportes. De los manuales escritos por doctores taoístas en el siglo II a. C. al empleo indiscreto de los teléfonos inteligentes, la representación de órganos y actos sexuales parece inseparable de nuestra historia como especie que produce objetos. *Pornografía. Obsesión sexual y tecnológica*, el libro donde Naief Yehya describe las espinosas relaciones entre tecnología y porno, es la documentada exploración de esta historia.

Dedicado desde hace años al estudio del tema, Yehya (ciudad de México, 1963) ha querido trazar el desarrollo del género “maldito” desde su uso como material de disidencia en la era de la imprenta hasta su banalización y adopción como mero entretenimiento *mainstream*. El rango abarca lo social y lo político, pero también lo estético y lo tecnológico. No es verdad que la pornografía se reduzca a los territorios del consumo íntimo: hay una historia y un contexto que hacen posible sus significaciones, pero también la facilidad o dificultad con que tenemos acceso a ella. Más que la presencia del sexo, si algo define a la pornografía son las fuerzas sociales, legales, morales e intelectuales que entran en tensión una vez que la etiqueta de “porno” ha sido colocada sobre un producto. Y ya sabemos que la categoría de lo porno es omnívora, según ha señalado John Ellis, y suele devorar a “cualquier representación sexual que alcance cierto grado de explicitud”.

El autor identifica dos grupos en pugna que a lo largo de los siglos han sido representados por una variada gama de personajes públicos: religiosos, autoridades políticas y feministas versus escritores eróticos, científicos con interés en el sexo, autores y consumidores de pornografía, entre otros. Los detalles de estos enfrentamientos, así como el papel que ha desempeñado el desarrollo tecnológico en la propagación de materiales obscenos, son la columna vertebral de este trabajo. Más que la interpretación de la ima-

gen pornográfica, el autor ha preferido la revisión histórica. Así, el libro termina siendo un retrato múltiple (pedagógico por un lado, divertido por otro, en no pocas ocasiones lúcido) de las hostilidades entre la producción de pornografía y la necesidad, no menos vigorosa, por contenerla.

El ensayo examina diversos tópicos de lo porno para ofrecer esta panorámica: las dificultades para definir lo obsceno, el ascenso de las representaciones gráficas de la sexualidad, el nacimiento del cine *hardcore*, el estudio científico de la perversidad, el papel del feminismo, las consideraciones sobre la masturbación y toca incluso la vertiente económica de una industria sobre la que todos están seguros que genera muchos millones de dólares, pero nadie está en posición de calcular sus ganancias. Yehya pasa revista también de los géneros extremos, las prácticas fuera de los círculos comerciales, la supuesta cosificación de la mujer y se toma tiempo para desmontar los malentendidos o de plano las contradicciones y mentiras alrededor de asuntos que suelen poner susceptibles a nuestras sociedades, como el cine *snuff* o la pornografía infantil.

De todas las condenas contra la libre difusión de las fantasías sexuales, la que Yehya ataca con mayor pasión es la proveniente del círculo feminista, quizá porque se trata de un discurso que maquilla con progresismo argumentos que en realidad son de índole censora. Más que un asunto de moralidad, la crítica feminista anti-porno interpreta la producción, consumo y tolerancia de la industria xxx como una práctica política de sometimiento de la mujer y puede, a partir de esa lectura, abogar por su desaparición. En esta lucha, las dos estrellas principales, por su virulencia y presencia escénica, han sido Andrea Dworkin y Catharine MacKinnon, para quienes incluso la supuesta neutralidad de la jurisprudencia respecto al porno ya es en sí una postura “masculina”. Para ellas, los daños que produce la pornografía tienen más peso

que las libertades a las que se apega. Aunque expresados con ímpetu, los argumentos de este feminismo antiporno pueden ser rebatidos cuando se les quiere analizar con seriedad. Así procedió J. M. Coetzee en su esclarecedor ensayo sobre Catharine MacKinnon (“Los daños de la pornografía”), donde demostró que si bien el porno puede ser entendido como una teoría de la opresión ello no significa que la opresión real contra las mujeres sea una práctica de esa teoría. Yehya, que en un principio discute las tesis feministas (aunque sin la paciencia del Nobel sudafricano), rápido decanta por el lado histriónico del asunto:

- MacKinnon se aprovecha de la otrora luminaria porno y luego renacida mujer de bien Linda Lovelace para exhibirla como *freak* de su campaña antipornografía (p. 184).
- Andrea Dworkin denuncia públicamente una violación, cuyos delirantes detalles hacen pensar que en

realidad esta nunca sucedió (p. 207).

- Algunas feministas desaprovechan el sadomasoquismo por ser “un reflejo del mundo patriarcal” (p. 253).
- Muchas feministas rechazan el travestismo masculino y consideran la transexualidad una treta más de los hombres para conservar el poder (p. 256).
- Durante la proyección de la cinta *Snuff* en 1976, diversas organizaciones feministas ven la oportunidad de estar de nuevo en la mira pública y salen a protestar (p. 260).
- El exdetective Yaron Svoray se lanza a una búsqueda enloquecida de películas *snuff* alrededor del mundo, después de una conversación con la feminista Catharine MacKinnon (p. 266).

Aceptémoslo: algunas integrantes de círculo tienden a ponerse algo brías y les da por simplificar el mundo en intereses masculinos y femeninos, pero todo ello puede dirimirse en una

argumentación. Acudir a los detalles anecdóticos supone adoptar la tramposa estrategia que el mismo Yehya advierte de las feministas antiporno cuando decidieron apropiarse de la historia de Linda Lovelace. En mi opinión, acudir a los excesos del censor o del pornógrafo desvía el debate, y sirve más bien para apoyar las opiniones hechas respecto a alguno de estos dos grupos.

Pese a ese detalle, hay que reconocer la amplitud con que Yehya quiere presentar el fenómeno pornográfico a fin de entender su preeminencia en una sociedad, como la actual, que ha querido llevar la búsqueda de placer al punto más alto de la pirámide de Maslow. No es solo que el porno exponga “cómo nos usamos y explotamos de las maneras más desesperadas posibles”, según la conocida afirmación de Ballard, sino que suele ser un buen espejo del sistema (moderno, capitalista, simuladamente progresista) bajo el cual se produce. —



Los libros

que no encuentras los tenemos aquí

Arte • Historia • Literatura • Filosofía • Ciencias Sociales
Lengua • Ciencias • Tecnología • Música • Cine

Más de 90 librerías en todo el país, la cadena más grande de México

Síguenos en  @LibreríasEducal y en  /LibreríasEducal

Compra en línea y encuentra nuestro directorio de librerías en:

www.educal.com.mx

